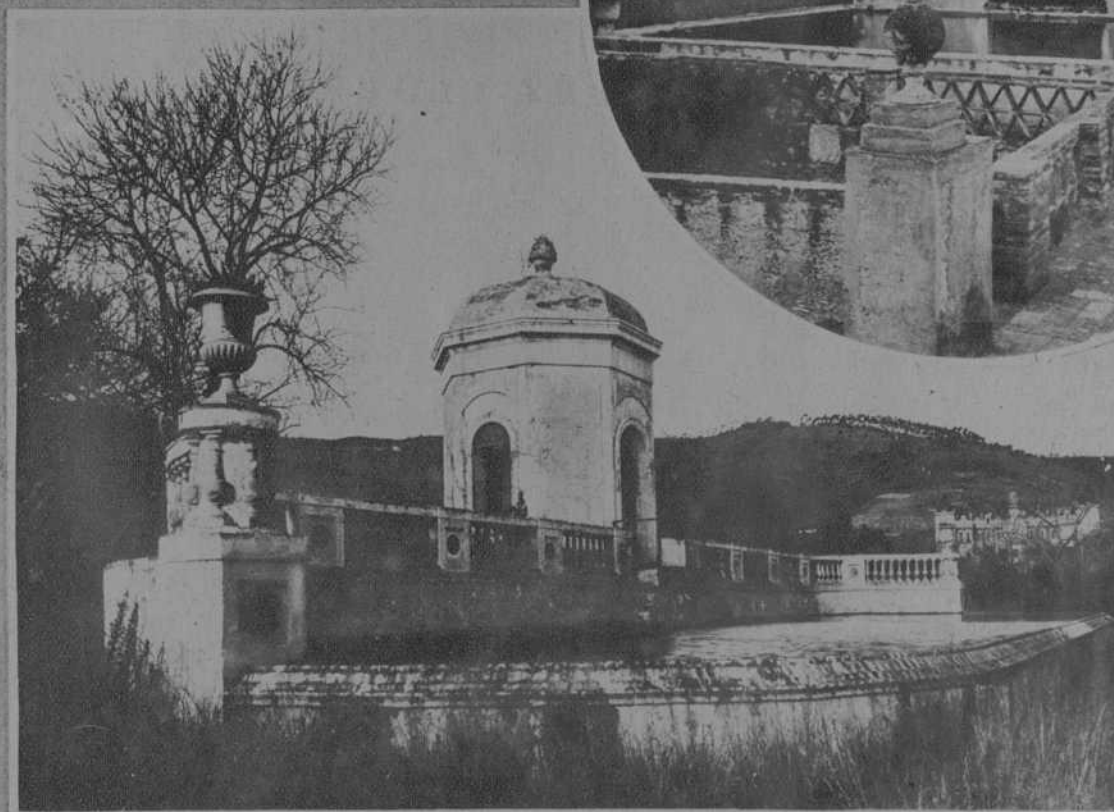




LA VENUS AMPURITANA. "Museo de la Ciudadela." Si Tarragona representa, en Cataluña, la civilización romana, Ampurias es la civilización griega. Entre las estatuas extraídas de las ruinas ampuritanas, esta Venus, tiene toda la delicada gracia helénica, entrada en el Ampurdan por el golfo de Rosas.

LOS VIEJOS LAVADEROS.

Abundan en Cataluña los viejos lavaderos, en casas señoriales, o en campesinas de abolengo, que mas parecen albertas decorativas, que no agua para la limpieza. Ante estos lavaderos exquisitos, no es posible la evocación del "safareig" de las comadres voceadoras.



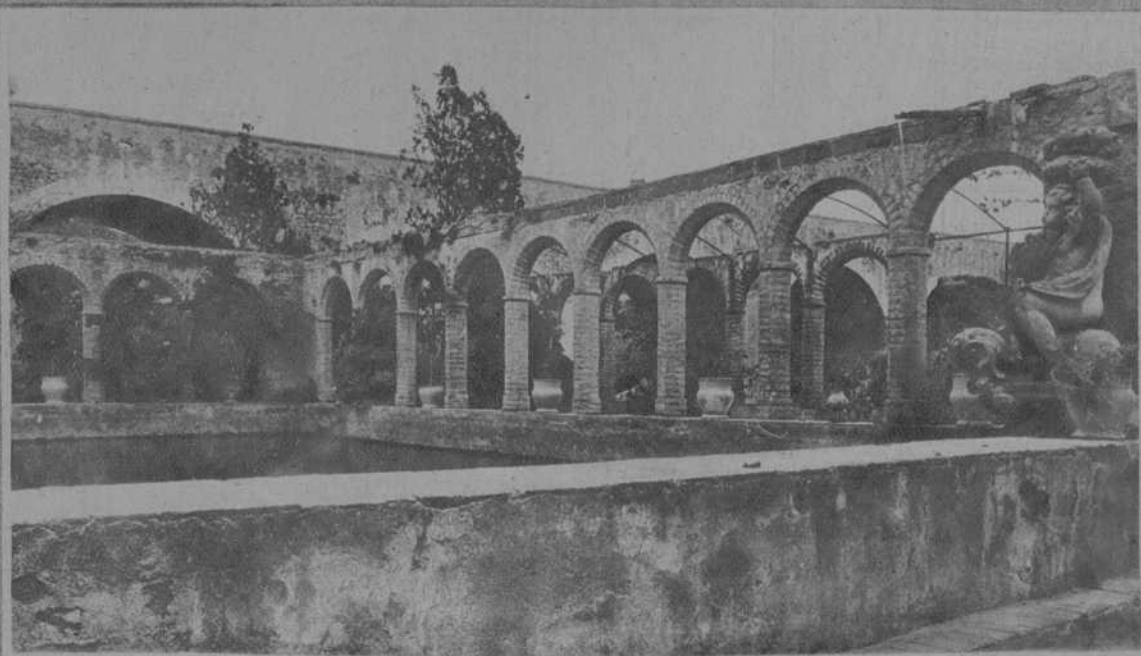
Lavadero en la torre Figuerola. (San Jenis dels Agudells).

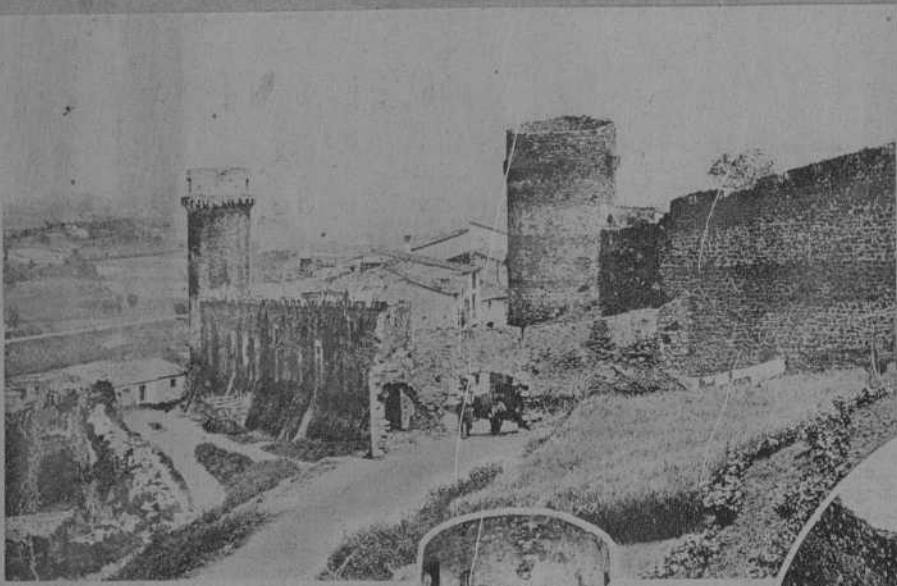
Lavadero en la torre Barret. (Barcelona).



Lavadero en la casa del barón de Vilagaya. (Esplugas de Llobregat).

(Fots. "Mas").





Cataluña ~ ~
~ ~ Romántica

*La villa caballe-
resca de Hostalrich.*



*Entre las Provincias
de Gerona y Barcelo-
na, estratégicamente
situada, la villa de
Hostalrich fue amura-
llada ya en los tiempos
del rey Pedro III.
Al paso del tren, evo-
camos ante ella, bata-
llas, asaltos y leyen-
das.*

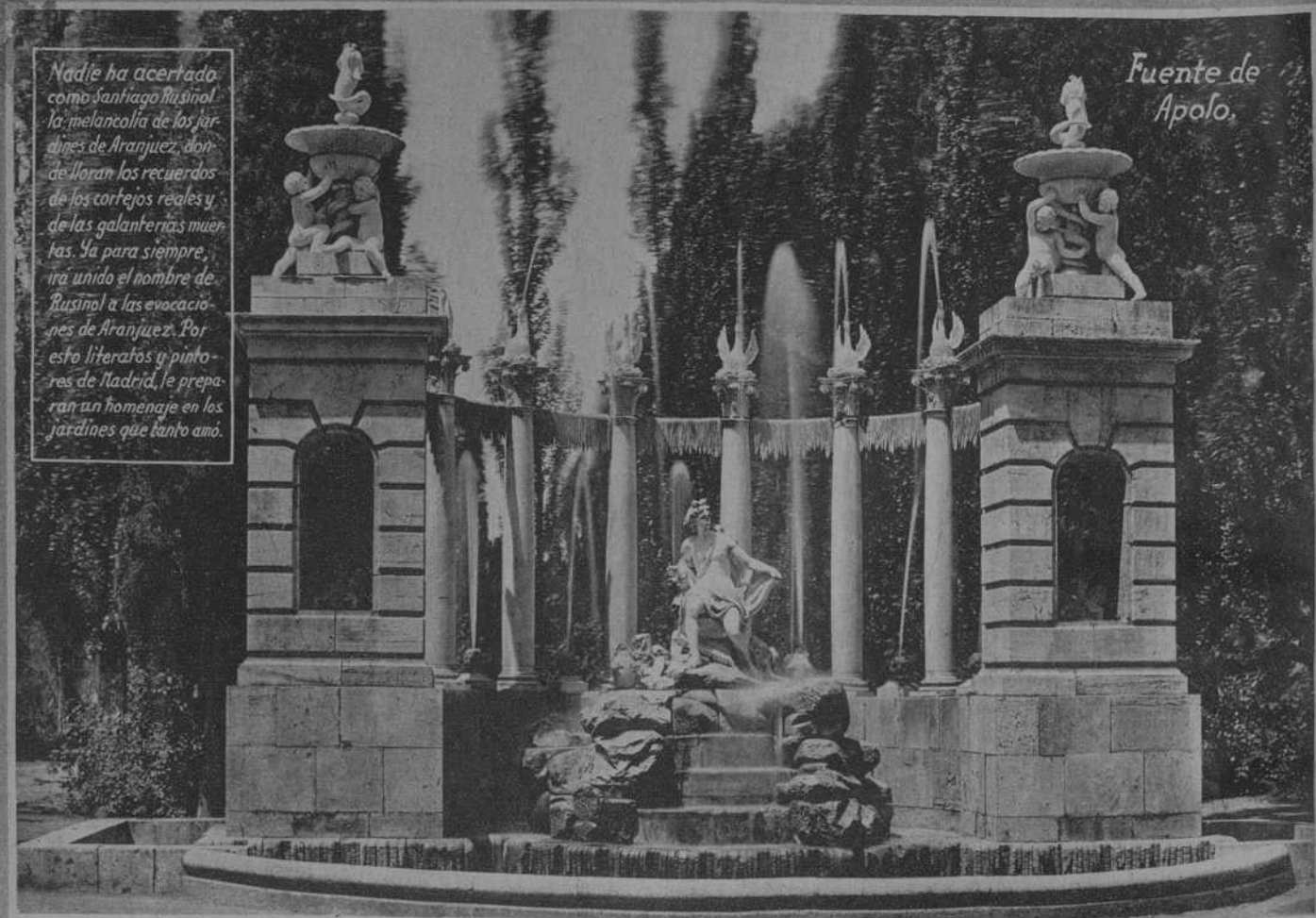


*Fots.
Mas y
Ribera.*



Fuente
del Cisne

Rusínol y el
encanto de los jar-
dines de Aranjuez.



Fuente de
Apolo.

Nadie ha acertado
como Santiago Rusínol
la melancolía de los jar-
dines de Aranjuez, don-
de lloran los recuerdos
de los cortejos reales y
de las galanterías muer-
tas. Ya para siempre,
irá unido el nombre de
Rusínol a las evocacio-
nes de Aranjuez. Por
esto literatos y pinto-
res de Madrid, le prepa-
ran un homenaje en los
jardines que tanto amó.

Tipos Catalanes



Payès de Alcover
(Tarragona)



Payès de Miramar
(Tarragona)



Muchacha de Cadaqués
(Gerona)



Pastor ampurdanés

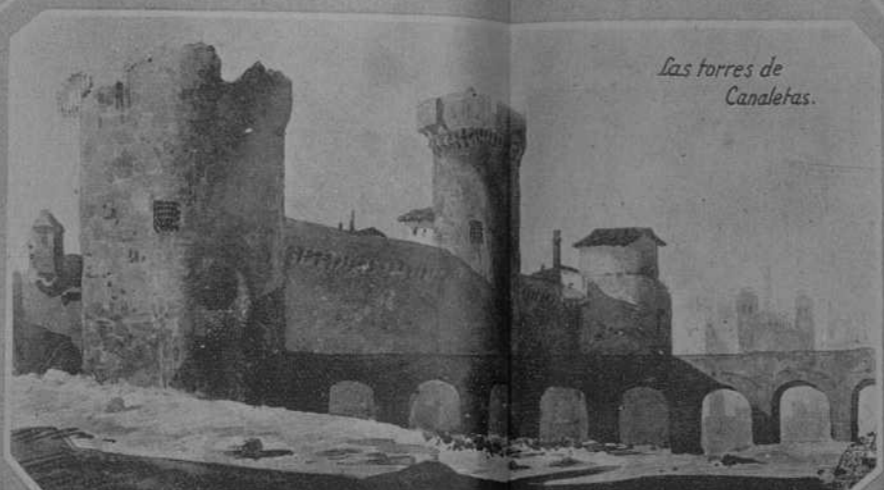


"La Padrina"
(Mujer de Mataró)

La Barcelona de la primera



Las ruinas del convento de las Trinitarias he enclaustrado en 1835 y a los pocos años son hoy restauradas las de los comedores del Círculo del Liceo.

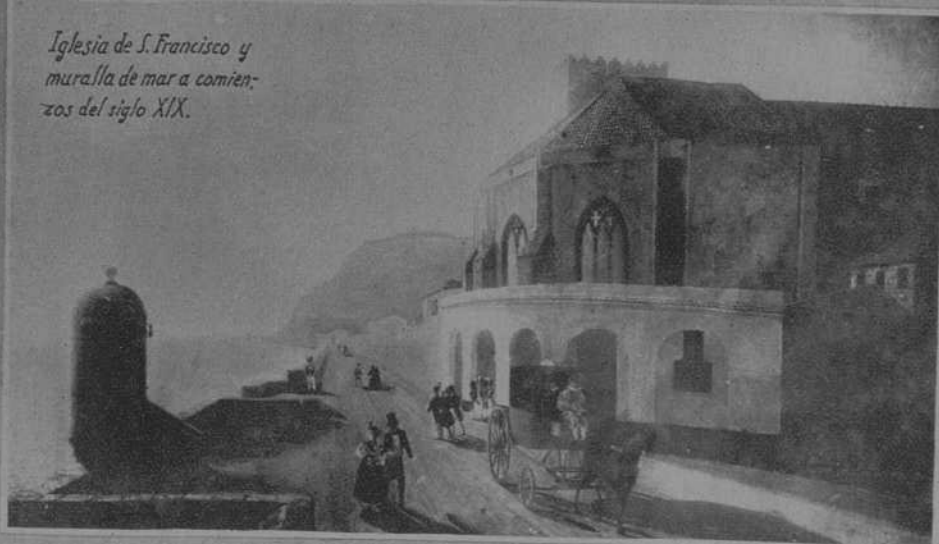


Las torres de Canalejas.

mitad del siglo pasado.



El Liceo en 1860.



Iglesia de S. Francisco y muralla de mar a comienzos del siglo XIX.



El "pla de les Comedias y Ramblas en 1840.



El Paseo de Gracia en 1840.



La plaza del Angel en 1857.

A un lado, la fuente llamada "Font del Vell".



Barcelona en 1856. Riera de Nalla, Paseo de Gracia.

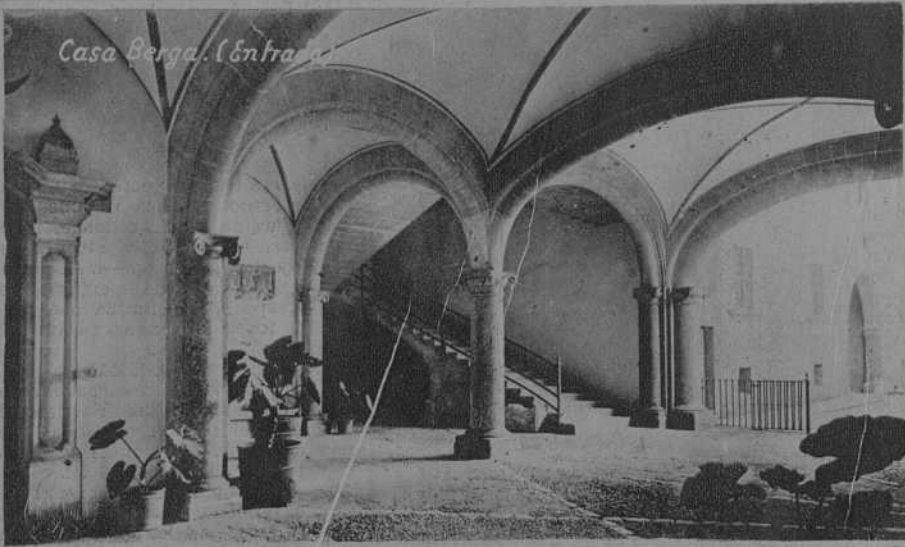
La riera de Nalla cruzando el paseo de Gracia. La parte derecha es hoy el Teatro Tivoli.

Museo de la Ciudadela.



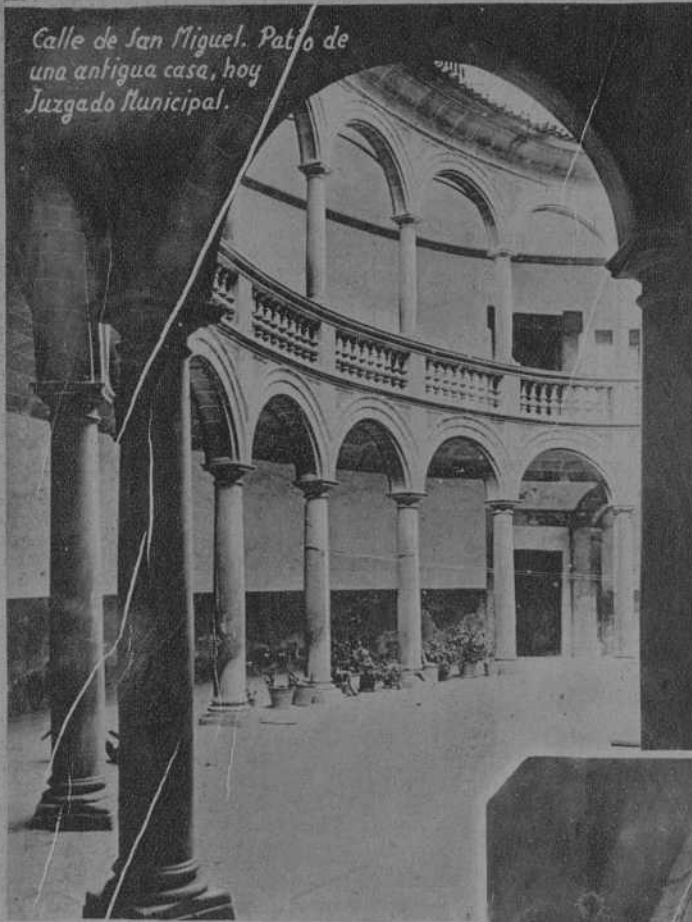
La Rambla en 1803. (Cuadro del pintor francés Flanger).

(Ets. Vidal Ventosa).



Casa Berga. (Entrada)

Los patios de las casas señoriales de Palma de Mallorca.



Calle de San Miguel. Patio de una antigua casa, hoy Juzgado Municipal.



Patio de la casa de Wuering.

Mallorca conserva, en su ciudad de Palma, toda la belleza de las mansiones señoriales del siglo XVIII, impregnadas de la influencia italiana y particularmente genovesa. Adormecida en su aislamiento y en su silencio, lejos de la pasión política, Mallorca es el único rincón de España, donde se conservan estas mansiones barrocas, con sus salones llenos de ricos muebles y tapices. ~ ~ ~ ~



Patio de la casa Berga.

Pago adelantado

NOVELA por W. FERNANDEZ FLOREZ

Hay algo que interesa a los lectores de periódicos mucho más que un crimen: un error judicial. La rehabilitación de un inocente conmueve todas las sensibilidades. Los autores dramáticos, que son los hombres que mejor conocen las almas vulgares, se sirven muchas veces de ese truco para arrancar a los espectadores, en el cuarto acto, abundantes lágrimas que, una con otra vienen a producirle a él de cuarenta a cincuenta pesetas diarias.

Lejos de mí la intención de negar que hay errores judiciales muy entretenidos y algunos que merecen ser calificados de sorprendentes; pero, sin que esta observación inter venga la vanidad para nada, sostengo que ningún caso puede ofrecer las extraordinarias características del mío propio. No. Los habrá más terribles, más turbadores, más irreparables; tan extraordinario, ninguno.

No me importa referirlo. He llegado a esa edad en que se comienza a pensar con gusto en escribir nuestras Memorias y en que hallamos un inexplicable placer en aburrir a los jóvenes contándoles lo que sucedía «en nuestros tiempos». Por otra parte, la historia que voy a narrar no trascendió mucho más allá del recinto de Gramina de los Condes. Si ustedes no han ido nunca a Gramina de los Condes, todo será nuevo para su atención en estas líneas.

Yo no sé, ni creo que lo sepa nadie, por qué volvió Ezequiel Gorbea al pueblo que le vio nacer. Tenía bastante dinero para vivir en cualquiera gran capital del mundo o para elegir como retiro otro lugar que no fuese aquel sucio hormiguero perdido en la pedregosa llanura como, en el mar, un islote donde el Tedio se hubiese salvado de un naufragio. Pero lo cierto es que cuando Ezequiel Gorbea realizó toda la fortuna lograda en muchos años de trabajo allá, en el remoto Brasil, volvió a Gramina y se instaló en la misma aislada casita del arrabal donde habían vivido sus padres.

Nos conocíamos como se conocen todos los dos mil habitantes del poblacho, pero había en nuestro trato dos razones de frecuencia: amábamos con igual fervor la pesca y el «póker»; nos encontrábamos todos los días en el borde del Guadiana y en el de las mesas, tapizadas de verde, del Casino. He de decir que hasta en tales ocupaciones se podía comparar la enorme diferencia que separaba nuestra caracteres. Don Eze-

quiel practicaba en el «póker» «el pase negro», yo no necesitaba ver más de dos sotas para jugarme el forro de los bolsillos. Don Ezequiel engañaba a las truchas con una mosca de alambre; yo les ofrecía moscas naturales y saltamontes auténticos. Yo era, por lo tanto, para las truchas, una especie de lotería; podían quedar colgadas del anzuelo, pero también—y ocurría muchas veces—podían escapar llevándose el insecto para regalarse con él a sus anchas, sin indemnización alguna; mientras que la mosca de alambre de Gorbea no les servía para nada aunque consiguiesen desprenderla del hilo.

No niego, no he negado nunca, que he solicitado y obtenido dinero en préstamo, de don Ezequiel. Otros muchos vecinos de Gramina estaban en el mismo caso, y a todos nos cobraba, el miserable, intereses que sólo el hambre o el afán de desquite en el juego nos comprometían a pagar. Yo protestaba muchas veces contra esta avaricia.

—¡Qué bandido es usted, mi querido Gorbea!—solía decirle cariñosamente.

—¡Bandido! ¿Por qué?—contestaba—. Esta es una industria tan honorable como otra cualquiera. Usted, por ejemplo, tiene corderos; yo tengo duros. Usted esquila sus rebaños, yo esquiló mis monedas. Si usted consiguiese cortar una arroba de lana de cada res, ganaría la alabanza y la admiración de la gente. ¿Por qué me ha de censurar que yo obtenga diez pesetas de cada duro? Los intereses son la lana de los duros. Los que yo presto son duros merinos.

¡Bien! Aquello me parecía un necedad, pero yo necesitaba dinero.

* * *

La noche inolvidable, la que después se destacó con el terrible nombre de «noche de autos», entre todas las demás que empavorecieron el mundo, permanecimos jugando hasta las dos de la madrugada. Nunca la suerte tuvo para mí protección de tal insistencia. Mis compañeros habían sacado varias veces la cartera, hinchando las mejillas con ese largo resoplido con que los hombre relativamente bien educados disimulan su rencor contra el ganancioso. A las doce y media ya no buscaban nada en sus bolsillos; miraban en torno, se retiraban a un rincón. Levando del brazo a un amigo, y volvían a sentarse con fondos de refresco.

A las doce menos cuarto me sirvieron un «póker» de reyes. Lo miré con indecible ternura. ¿Qué encanto inefable hay en la fugaz coincidencia de esos cuatro monarcas barbudos de símbolos diversos? ¿Qué profunda emoción, más grande que la que nos procura el primer retrato de la primera novia? No lo sé. Pero yo os digo que he viajado algo: he visto volcanes en erupción, valles umbrosos, dulces o turbulentos panoramas ecuatorios, puestas de sol, salidas de luna, mares de niebla... Sin embargo, no hay en toda la Naturaleza ningún paisaje que produzca el arrobó, el deleite, el suave temblor de lo sublime, que le es dado gozar al que contempla entre sus manos un «póker» de reyes.

—¡Cien pesetitas más!—propuse con un aire de inocencia, casi triste, procurando dar a mi rostro el gesto de un hombre que se ha decidido a cometer una locura.

—Doscientas—reenvió don Ezequiel, con la vaga actitud de un dilapidador resignado.

Mi corazón latió de alegría. «¡Ya te tengo!», pensé. Y fingí un arrebató para exclamar:

—Juego las dos mil pesetas de mi resto.

El hombre miró sus cartas, las volvió a mirar, contó sus billetes, tecléo en la mesa... Y yo pedía a Dios desde el fondo de mi espíritu estremecido de ansia:

—¡Que quiera, Señor, que quiera!

Y quiso. Abatí mis cuatro reyes con un ademán triunfal. Los contemplé, movió la cabeza como en una alabanza muda. Después mostró sus cartas. Cuatro ases.

¡Cuatro ases! Me quedé como si me hubiesen apuntado con cuatro trabucos. No pude hablar. Se llevó mi dinero, y no pude hablar. Me quitaron las cartas para barajarlas de nuevo, y no pude hablar. Al cabo, gruñí:

—¡Hombre, don Ezequiel! Eso no se le hace a nadie. ¡Parece mentira!

Abandoné inmediatamente la mesa de juego y entré en el bar. Referí lo sucedido a algunos compañeros, vibrando todavía de cólera. Es cierto que dije:

—A ese tío no vuelvo a saludarle en la vida. ¡Matar un «póker» de reyes con otro de ases!... ¡Vamos, hombre!

—Si que es suerte—comentó uno.

—¿Cómo suerte?—grité—. ¡Eso no le pasa ni a un niño de pecho!

Repetí muchas veces este tópico del niño

de pecho, asegurando vehementemente, sin que nadie me contradijese, que ninguna criatura sometida a la lactancia podía hacer una jugada de tanta fortuna como la de Gorbea. Estaba furioso, pero media hora después, cuando el indiano se marchó del Casino, yo salí con él, porque... ¡qué diablo!... ¿a quién le iba yo a pedir dinero?

Las calles de la villa estaban desiertas y nuestras voces resonaban bajo los balcones salientes y entre los porches donde dormían las sombras. Discutimos las peripecias del azar con ese ardor que sólo conocen los jugadores. Después solicité de mi vencedor un nuevo préstamo. Se negó. Siempre me ha desagradado que me rehusen el dinero que solicito, pero más que nunca en aquella ocasión. Insistí, inútilmente, acumulando razones y razones. Luego le saqué con algunas pullas. La casa de Ezequiel estaba algo alejada del pueblo, en la orilla de la carretera, entre dispersas casas de labradores. Le acompañé hasta allí procurando convencerle.

—Es usted un caimán, Gorbea. Nada le conmueve. Présteme, al menos, las dos mil pesetas que me ganó.

—No puedo, Javier, no puedo—aseguraba—. En estos días he de hacer desembolsos extraordinarios. Todo el dinero me hará falta.

—¡Pero si usted no gasta... ni en fumar!

—Bueno, pues ahora tengo que entregar muchas pesetas...

—No lo creo.

—Es igual. Pasado mañana, jueves, necesito disponer de bastante dinero.

—Carece usted de imaginación para mentir, Gorbea. El jueves es mañana; mejor dicho, hoy, porque son ya las tres de la madrugada.

Se detuvo:

—¿Hoy? ¿Está usted seguro?

—Sin duda alguna.

Permaneció unos instantes atónito. Luego se precipitó hacia su casa.

—¡Eh!—dije, corriendo tras él—. ¿Qué hay de eso, al fin? ¿Cuento con los cuartos?

—Déjeme, déjeme!—gruñó de mal humor.— ¿Cómo pude equivocarme...?

Sin dejar de gruñir abrió la puerta, la batió en mis narices y volvió a cerrar. ¡Avaro maldito! Quedé allí un instante, apretando los puños, mascullando impropiedades contra el miserable. Iba a marchar cuando se iluminó una ventana de la casuca. Miré. El usurero revolvió afanosamente en un armario y se inclinaba para depositar algunos objetos a sus pies. Extendí una mano amenazadora casi hasta tocar en los fríos cristales, y regresé al pueblo.

La primera sospecha se formuló en el deciente cerebro de la vieja Trinidad. La vieja Trinidad vivía con una nieta de cinco años en una choza adherida como un tumor a la morada del indiano. Disfrutaba de aquella habitación hedionda y de los productos de una huerta, a cambio de limpiar la casa, de cocinar y de asumir, en fin, todos los deberes de una criada.

Trinidad fué a llevar el desayuno a Gorbea, y nadie respondió a su llamada. Volvió a la hora de almorzar, y el silencio que siguió a los golpes que dió en la puerta comenzó a parecerle pavoroso. Al otro día, don Ezequiel aún no había dado señales de existencia. Trinidad marchó al pueblo y preguntó por su señor. No le habíamos visto. Al volver, preocupada e inquieta, a su cuchitril, se fijó en que había una mancha de sangre en el borde de la carretera, frente a la puerta de la casa. Llamó a unas vecinas, hicieron conjeturas, probaron a mirar al través de los vidrios empolvados y por el ojo de la cerradura de la alcoba. Silencio y misterio. La vieja Trinidad volvió a la villa, esta vez seguida de algunos aldeanos, y volcó la trágica carga de sus temores ante el cabo de la guardia municipal de Gramina.

El juez, un hombre sombrío y triste dueño de unos profusos bigotes desmayados, se presentó en el domicilio de Gorbea, en

unión del sargento de la guardia civil, sujeto sanguíneo y optimista, cuyos fuertes bigotes apuntaban al cielo. Descerrajó la puerta. Se esperaba presenciar un horrible cuadro. Y en la habitación de Ezequiel se estremecieron, en efecto, todos los corazones... No había ni una mancha de sangre; tampoco un cadáver, en esa actitud siempre espantosa de los asesinados... No había más que un armario abierto y una silla caída sobre su respaldo, como desmayada por la ferocidad de lo presenciado. Nada más. Pero, ¡qué tremendo, qué tremendo aquel armario...; y aquella silla...! Usted los miraba desde el umbral, y usted decía:

—Sí; la Tragedia ha pasado por esta alcoba. Nada que no sea la Tragedia puede dejar así un armario ni poner tanta expresión en una silla caída. Cuando se trata de un asesinato, las sillas tienen una manera de caer especial y reveladora.

Usted diría esto, señor, porque lo dijimos todos, y entre nosotros había personas muy inteligentes y hombres que estudiaron más de dos lustros la carrera de Leyes.

¿Es preciso afirmar que no se habló de otro asunto en la villa? Ezequiel había desaparecido. Se le buscó por todas partes, se removieron los montones de piedras que los labradores formaban con las que sobraban en sus pobres heredades; vigiláronse las márgenes del río... Cada nueva exploración despertaba una esperanza; corría frecuentemente por el pueblo la voz de que el cadáver había sido encontrado aquí o allá... Pero no era cierto. Ni una uña, ni un cabello, ni un trozo de piel del infeliz Gorbea pudo ser hallado, ni más sangre que aquella que la anciana había descubierto en el camino.

En todas las almas vivía la obsesión del extraño suceso. Nos movíamos en una atmósfera de temor, de curiosidad y de espanto. Nadie dudaba del delito (hasta creo que hubiese defraudado a la gente que no existiese el crimen) y cada cual lo explicaba según sus imaginaciones. Como Ezequiel carecía de verdaderos amigos no se sintió su fin, pero la falta de cordialidad para él estaba abundantemente suplida por este otro estímulo: el descubrimiento y la caza del culpable. En mis cábalas y fantasías hubo una cantidad de estupidez roximadamente igual a la segregada por cualquier otro vecino de Gramina, mas en el fondo también me importaba un comino la desaparición misteriosa de Gorbea. Continué pescando en mi sitio habitual, bajo un chopo; continué consumiendo mis horas en el Casino... ¡Puah! ¡Qué puerca vida!

No sé cómo nació el rumor envenenado, maligno y cobarde. Al principio fueron palabras sin importancia, detalles pequeñitos, delaciones inapreciables... Un sereno contó que en la noche del crimen—ya se le llamaba así—me había visto pasar con Ezequiel, discutiendo acaloradamente, y había podido oír que le exigía dinero. El fiel de consumos, que padecía de asma y dormía con la ventana abierta, aseguró haber oído nuestras voces y que yo repetía muchas veces la palabra «matar», con exaltación perceptible. Por último, un gañán que regresaba de arreglar sabe Dios qué asuntos con una campesina que era su novia, refirió que me había sorprendido espiando a Gorbea al través de la ventana. La murmuración se apoderó de estos indicios, y poco a poco se fué formando la infame leyenda. Aún no había transcurrido un mes cuando todo el pueblo sospechaba que Gorbea había muerto a mis manos y que el lugar donde estaba oculto el cadáver nadie más que yo lo sabía.

Notaba crecer el recelo y la animadversión en torno de mí. Al principio, me burlaba de los impostores y hacía relatos pintorescos de cómo había matado a Ezequiel. Después, decidí no prestar atención alguna a los comineos del villorrio. Pero la gente procuraba rehuirme con disimulo; muchos rostros adoptaban en mi presencia un gesto reservado y aún hostil, y muchas manos esquivaban mis manos. Una noche entré en el Casino dispuesto a aclarar la situación. Avancé hasta el centro del saloncillo don-

de comadreaban los socios, blandí mi bastón y grité:

—¡A ver, señores! ¿Quién es el malnacido que anda diciendo que maté a Gorbea?

¡Trrrr!... ¡Como liebres!... ¡Huyeron como liebres! Me quedé solo en la estancia, inmovilizado por el estupor. Aún no había terminado mi pregunta y ya estaban todos en la calle o encerrados en el salón del billar. Comprendí que no les había dado alas el miedo que puede inspirar un valiente, sino el terror que infunde un homicida.

—¡Don Javier, don Javier...!—balbuceó el viejo conserje, medio amparado tras la puerta.— ¡Márchese; no se comprometa, señor; no haga otra...!

Le arrojé el bastón. ¡Hato de imbéciles!...

Al día siguiente vino a buscarme a mi casa la guardia civil.

—Esto no es nada, don Javier—me decía el sargento optimista, mientras vigilaba mis idas y venidas por el cuarto de aseo—. En el trance peor, siempre serán cosas de hombres. Los hombres..., ya se sabe... Se le sube a uno el genio...

Le conté al juez todo lo sucedido: mi pérdida, mi petición de dinero, el sentido que la palabra «matar» tenía en mis labios, referida a la jugada que había sido anulada por otra jugada mayor; la brusca despedida de Gorbea, la curiosidad que me movió a observarle al través de los vidrios... El me oía atentamente para interrumpirme de pronto con una pregunta de aviesa intención. Mientras se refería directamente al indiano, yo estaba tranquilo, pero cuando me interrogaba acerca de detalles incongruentes, me hacía creer que estaba abriéndome una trampa, y no podía ocultar mi desconcierto.

—¿Cuántas copas bebió usted aquella noche en el bar?—me dijo.

—Una.

—¿Nada más que una?—y cogía un lápiz como para anotar algo importante.

—Acaso dos—me apresuraba a corregir.

—¿Está usted seguro?—y le guiñaba un ojo al escribano, que bajaba la cabeza para sonreír.

—Señor juez—exclamaba yo—si he bebido tres o cuatro, lo hice sin darme cuenta.

—Muy bien, muy bien—aprobaba él, fríamente.

Al cabo de una hora, yo no sabía lo que contestaba. Me ponía alternativamente congestionado y lívido, me rectificaba, me confundía, afirmaba cada cinco minutos que era un hombre honrado... Comprendía que mi pleito iba de mal en peor... Me hicieron pasar a la cárcel, con orden rigurosa de que no me comunicase con nadie.

El día que se inauguró el puente de la Barcala, no hubo tanto júbilo como cuando se supo que me habían procesado; un íbido disfrazado de asombro. Todo el mundo descubrió entonces alguna fechoría realizada por mí, algún desgarrón en la capa de honorabilidad en que me envolvía. Se recordó que le había metido una bala en la cabeza a mi viejo mastín—sin añadir que lo suponía hidrófobo—; se exageró la puliza que tuve que aplicarle al marido de Juana; se habló de mi afición al juego y de mi amor al vino. Los que no tenían nada que contar, afirmaban que de un hombre cuyas cejas formasen, como las mías, un solo trazo sobre los ojos y la nariz, no podía esperarse nada bueno. Mis compañeros de Casino declararon que yo había amenazado francamente a don Ezequiel en la noche de autos. Se supo que dos días antes, el usurero recibió un sobre de valores declarados (diez mil pesetas), y en su casa no se encontró un solo céntimo. Ninguna declaración me favoreció; el pueblo qu' so lincharme varias veces. «El Eco de Gramina», prospecto mensual, publicaba diariamente extraordinarios con las noticias de las últimas diligencias y con insultos a mi pretendida ferocidad. Al «Eco» le parecía especialmente que yo era un «desalmado» y un «cínico». El

vendedor de los extraordinarios, un individuo coje y ebrio, vivía todas las noches al periódico con un saquito de calderilla.

He aquí lo que resultó del proceso. Irritado por mis pérdidas, yo había pedido dinero a Ezequiel Gorbea, que se resistió a mis súplicas y a mis amenazas de muerte. Dejé entrar en su casa a mi víctima y espíe el momento más conveniente para mis planes. Es probable que hubiese llamado a la ventana, para atraerlo y herirle al asomarse, después de lo cual, salté al interior registré precipitadamente el armario, me apoderé de todo el dinero, arrojé al indiano a la carretera y lo llevé arrastrando hasta el río, en cuya orilla lo oculté entre malezas.

Al día siguiente lo descuarticé y fui arrojándolo al agua, trozo a trozo. El joven idiota José N. y N., conocido en el pueblo por «Tontolini», manifestó (sin que yo lo negase en el careo) que al preguntarme con qué cebaba el anzuelo para coger anguillas, le contesté que utilizaba carne humana, lo que causó tanta impresión en el deponente, que no pudo decidirse a comer una anguila que me había sustraído y la vendió por dos vasos de Cazalla en la taberna del maragato. Esta declaración hizo suponer que en mi crimen existían detalles de una crueldad refinada.

En el juicio oral me insultaron los testigos, me injurió el fiscal y me calumnió mi defensor, presentándose como un degenerado al que había que compadecer mejor que castigar. Me condenaron, y, aun rebajada la pena por varios indultos, el presidio fue arrancando, día a día, ocho años de mi existencia, con la misma implacable y lenta maldad con que se le arrancan las uñas a un atormentado.

* * *

Volví a Gramina cuando recuperé la libertad. No era mi propósito residir allí, sino vender cuanto aún conservaba y expatriarme a donde nadie pudiese conocer mi historia. Pagaba con un odio profundo el desprecio que me aislaba entre mis coterráneos y padecía de impaciencia por alejarme, pero me fué preciso revestirme de calma para no malvender mi escaso patrimonio y esperar que llegase un comprador entre tantos ladrones que querían aprovecharse de mi situación ofreciendo una peseta por lo que valía cien. Mientras tanto, apenas salía de casa y es inútil decir que no contaba con la amistad ni aun con el saludo de nadie.

De pronto, sin que le antecediase una noticia, ni una sospecha, ni un rumor, como si le devolviese el río donde se le suponía sepultado, como si hubiese sonado para él la trompeta del Juicio Final, Ezequiel Gorbea apareció en el pueblo.

Era él mismo, con su delgadez denegrida, con su cabello ralo, con sus enormes pies, con su turbia nube en el ojo izquierdo, con su boca estrecha y larga que para hablar y reír se movía desde el centro a una de las comisuras. Era Ezequiel Gorbea, y nadie lo dudó. Su presencia fué espantable. Cuando algunos vecinos llegaron a la villa, jadeantes y asustados, con la increíble nueva, todo el pueblo corrió hasta la «casa del crimen».

El indiano contestó de mal humor a las ansiosas preguntas. Ignoraba que le creyesen muerto y todos los males derivados del triste error. ¿Qué? ¿No podía hacer de su vida lo que quisiese, un hombre mayor de edad? ¿Había de fijar carteles en la plaza de la Constitución cuando decidía ir y venir, volver o ausentarse? ¡Pues estaba bueno! ¿Qué culpa tenía él de que la gente fuese torpe y entrometida y fisona y se le ocurriese imaginar lo que no había sucedido?

Poco a poco se conoció exactamente el móvil de la brusca partida del indiano. Como casi todos los campesinos de tierra adentro, atribuía a los baños de mar grandes virtudes curativas, y venían sosteniendo una larga lucha su avaricia y sus achaques alrededor de la necesidad de trasladarse a una playa. Aquel verano maldito ha-

bía comprado por unos cuantos reales a un arriero, un billete económico de tercera clase que le daba derecho a ir hasta la costa de Portugal. La fecha de caducidad del billete estaba próxima. Cuando yo advertí a Gorbea que era del jueves y no del martes la madrugada en que nos vimos por última vez, se dió prisa para embarcarse en el tren, último de aquellos en que le permitía viajar su billete. Llenó su maleta y marchó a pie hasta la más próxima estación, a siete kilómetros de Gramina. Era de noche aún. Nadie le vió; no tuvo que acercarse a la taquilla; subió a un vagón y pasó la frontera.

Halló acomodo barato en una casita de pescadores, a unas leguas de Aveiro, frente a una playa abierta al inmenso Atlántico. Las fuertes mareas del equinoccio, le asustaron. Contemplaba con horror los rebafos de olas, que a veces—aún mirándolas desde el linderó de un pinar—le hacían huir, con el corazón palpitante, temeroso de no estar muy seguro. Aguardó el veranillo de San Martín. No hubo tal veranillo. Entonces bajó el escudo; y el avaro, que había trocado el reis las 10.000 pesetas recibidas, decidió esperar a que subiesen los cambios. Al año siguiente se decidió a pisar la dorada arena con sus pies planos y juanetudos, lamentablemente cubierto por un calzoncillo y una camisa vieja. Pero no avanzó más allá de la línea amarillenta, como de encaje viejo abullonado, que la espuma ponía en la playa. La desusada acción de introducirse en el agua—y en tanta agua!—llenaba su espíritu de fúnebres sentimientos y arrugaba su piel como la de una gallina muerta. Permanecía horas y horas frente al mar, sentado en cucullas, con los brazos cruzados sobre el pecho, tembloroso, mostrando el vello cabrío por la abertura de la camisa y dejando revolotar sus débiles pelos en la brisa fresca y salada. El mar se le aparecía como un odioso enemigo. Se estremecía, se rascaba y se volvía a vestir.

—Mañana será—decíase todas las mañanas.

En aquel tiempo, para distraer los ocios de las veladas, enseñó a sus huéspedes los secretos del «poker». El viejo marinero, su mujer, un mozo que ayudaba al padre y una hija patizamba y sucia, de diez y ocho años, aprendieron bien pronto el fácil juego y se encariñaron con él. En los primeros días, la ganancia era dos cuartillos de vino verde que se repartían entre los cinco. Después una merienda. Ezequiel propuso un día jugar algunos reis, y se dejó ganar. Lentamente, fueron hallando los pescadores el regusto del vicio. Se organizaba la partida al anochecer, todos los días. Las pobres gentes perdieron sus ahorros; pero la fiebre del desquite les consumía. Marchaban a pescar y jugaban el producto. Algunas veces, desbancados por Ezequiel, interrumpían la partida para echar al agua la negra lancha que dormía en la arena y volver al cabo de algún tiempo con tres docenas de sardinas o un puñado de calamares.

—¡Váyase usted preparando!—gritaban a Gorbea, ya antes de atracar—. ¡Traemos fondos!

Y Gorbea ganaba los calamares, las sardinas, los besugos, los reis... El hospedaje le resultaba gratuito, y aún ahorrraba. Engordó un poco y le desaparecieron los dolores del riñón. Transcurridos cinco años, quiso marcharse.

—¡Cómo!—exclamó el patrón—. Supongo que es usted un caballero. ¿Es posible que se vaya ahora, sin dar el desquite?

El desquite duró tres años más. Al cabo de ellos aquellas pobres gentes habían perdido la barca y apenas se defendían pescando almejas, camarones y pulpos, con lo que las partidas eran muy flojas y casi no tenían interés. El indiano, entonces, regresó a Gramina. Había vivido higiénica y gratuitamente ocho años y medio, y aún le sobraba para compensar la baja de los escudos. Estaba satisfecho.

* * *

Si había alguien perfectamente convencido de la muerte de Gorbea, era yo. La había pagado demasiado cara para dudar. Saberle vivo no fué para mí ninguna alegría. Me encerré en mi casa, negándome a recibir visitas, y pasé muchas horas hundido en una impotente desesperación, tal como no la sufrí en el calvario del proceso ni en los años de Ceuta. Pagar culpas ajenas es doloroso, pero expiar un crimen que nadie ha cometido supera en horror a cuanto pueda imaginarse. Lo primero es una injusticia; en el fondo de su amargor hay el placer de la propia inocencia, algo que hace que nos estimemos a nosotros mismos superiores a los demás. Lo segundo es una estupidez sin consuelo; la sensación que nos invade es la de un inmenso ridículo, un ridículo que abarca a los jueces, a la ley, a los hombres, al Penal... al mundo entero.

Todo Gramina pasó en manifestación ante mi casa, pero los balcones permanecieron cerrados. La criada tenía orden de no recoger ninguna carta, ninguna tarjeta... Una semana después, salí. Me miraban con simpatía y se acercaban a estrechar mis manos. Yo respondía con sequedad. Mostraba las canas que me habían salido en el presidio y gruñía:

—Estas son verdad... Estas no tienen rehabilitación posible...

Inclinaban el rostro, atribulados.

Mi encuentro con Gorbea, que muchos esperaban con angustia, no tuvo teatralidad ninguna. Me miró fijamente, como para apreciar los estragos que en mí había causado la cárcel, y exclamó:

—¡Aquí está el muerto!

—Me alegro de verle a usted, Gorbea—dije, sencillamente.

—¡Lo creo, lo creo!—aseguró.

Y echóse a reír a carcajadas, para proponer:

—¡Venga un abrazo, mi querido asesino!

Pero no fué todo tan despreocupado y risueño en Gramina. Cualquiera que haya vivido allí por aquellos tiempos, puede contar hasta que punto llegó el entenebrecimiento, la íntima congoja del vecindario. La conciencia colectiva gritaba con fuerza, y el peso de la irreparable infamia era abrumador para los espíritus. Los que habían pretendido lincharme, los que abultaron para mi perdición los indicios manudos, los que se apresuraron a llevar un leño o una brizna a la hoguera donde había de arder mi buen nombre, se sentían ahora avergonzados y pesarosos. El juez se afligió hasta enfermar, y estuvo quince días metido en cama, con la mesa de noche llena de potingues. El fiel de consumos daba grandes paseos solitarios por las afueras, caviloso y sombrío, con un puro apagado en los dientes. La pública ansia de reparación me brindó dos víctimas: el sereno que había depuesto contra mí fué declarado «indeseable» por los vecinos y perdió su empleo; y «El Eco de Gramina»—en que todos querían descargar la culpa—sufrió tantas bajas en su lista de suscripción que en nada estuvo que desapareciese. Su director, un hombrecillo grasiento, de piel nicotinizada, huía con pasos ligeros cuando me veía aparecer.

—¿Qué quiere usted que hagamos para rehabilitarle?—me preguntó el presidente del Casino.

—Nada—respondí—; me encuentro así muy a gusto; no me mareen con mojigangas. Al primero que me traiga un álbum con firmas o una plancha artística, lo tiro por el balcón.

Pero la verdad era que mi vida resultaba penosa. En el respeto de los demás había un arrepentimiento y una compasión que tenían incesantemente fijos en mí los ojos. Y, a la fuerza, aun si querer, yo llevaba un poco procesionalmente mi desgracia. No me atrevía a jugar, ni a beber, ni a mezclarme en las francachelas de mis antiguos compañeros, porque no descubría el empalme de esta conducta con mi condición de mártir, de hombre cuya existencia había fracasado injustamente en el horror de un presidio; y mis amigos, por su parte, encontrarían algo lúgubre en mi alegría y les pare-

certa ser en ella cómplices, y no camaradas. En verdad aseguro que aquello no tenía nada de divertido. Y si he de seguir hablando con franqueza, debo decir que todo podía sorportarlo si la presencia del indiano no me llenase a un tiempo de fastidio y de cólera.

Una noche, a la una, salí de mi casa. Había ideado un plan, y no me costó el menor trabajo realizarlo. Juro que no vacilé un solo momento. Me pareció tan natural, tan saturado de lógica, que me extrañó haber tardado más de tres meses en alumbrar aquella idea. Salí de mi casa y fui dando un paseo por las calles, ríos de quietud en el cauce de las dormidas mansiones. Desemboqué en la carretera y seguí andando. Frente a la aislada casucha de Ezequiel me detuve. Se veía luz entre las contraventanas. Batí los vidrios con el puño de mi bastón. Esperé. Volví a llamar. Una sombra oscureció las rendijas, y Gorbea pegó su nariz a los cristales. Entonces me coloqué en la claridad, para que pudiese ver mi rostro.

—¿Quién es?—preguntó aún.

—Soy yo.

Abrió la ventana.

—¿Qué diablo hace aquí, mi querido y feroz asesino?—inquirió, riendo.

—He salido a pasear. La noche es deliciosa.

—Sí. Yo acabo de salir del Casino... Pero algo quiere usted.

Estaba en mangas de camisa. Se acodó en el alfeizar y escupió.

—Le advierto que hoy no podré prestarle ni un cuarto—dijo.

—Nada le pido, Ezequiel; como no sea una copa de coñac. No negará que tiene coñac en su casa.

—No sé si queda algo...—refunfuñó—.

Voy a abrir la puerta.

—Es demasiado trabajo. Deme la mano... Tire... Así.

Cabalgué en la ventana y salté al interior. Gorbea trajo el licor y llenó dos copas.

—Es del bueno—alabó.

No era verdad, pero no me molesté en rectificarle. Le aconsejé amablemente:

—Beba todo lo que hay en la botella, Ezequiel, porque temo que no vuelva a probarlo.

—Mejor sería, en efecto; no me hace mucho favor al hígado.

—Su hígado de usted se librará muy bien de importunarle dentro de unos minutos.

—¿Por qué?

—Porque dentro de unos minutos—añadió tranquilamente—estará usted tan muerto como su señor padre, al que ruego que le salute en mi nombre cuando le vea.

Se rió.

—Me alegro de que acoja usted la noticia con ánimo tan jubiloso, Ezequiel. Una escena de llanto o de lamentaciones me aburriría mucho.

Saqué del gabán un martillo y lo coloqué a mi lado sobre la mesa.

—No quiero incurrir en la tontería de preguntarle a usted si desea rezar o de aconsejarle que ponga en orden sus asuntos... Comprendo su impaciencia por dar fin a este episodio desagradable.

El usurero reía aún, pero estaba alarmado.

—¿Qué broma tan fúnebre, Javier!

—No, no es una broma. Me contrariaría que se muriese usted sin tiempo para advertir que no es una broma. He venido a matarle, Gorbea. Le doy mi palabra.

—¿Y por qué? Todo esto es imbécil.

—¿Por qué? Hace usted unas preguntas candorosas, querido Ezequiel. Usted es mío. ¿No comprende? Su vida de usted me pertenece. He pagado por ella un puñadito de años de presidio; más de lo que vale, creo yo, pero ya no discuto. Como la he pagado, es mía. Usted la tiene aún, pero en préstamo, porque a mí—su propietario—me da la gana. Me asombraría que intentase usted retener lo que ya no es suyo desde hace nueve años. Hay que ser honrado, Gorbea. Tengo mis títulos de propie-

dad en regla y a su disposición. Venga su vida de usted, y dejémonos de cuentos.

Entonces sí que rió alegremente el indiano.

—¡Bien dicho, Javier!—alabó—. Nunca se me había ocurrido... En verdad, usted ha pagado mi vida... ¡Es gracioso! Mi vida es de usted... Otra copa.

Bebí otra copa.

—Me encanta que sea usted tan razonable. Ahora sólo me falta decirle que traigo un martillo, porque en el proceso se habló de un instrumento contundente. No sé si le gustará a usted que con este chisme... Si prefiere que utilice el bastón... Es fuerte, pero acaso hiciese la operación más larga.

—¡Un martillo!... ¡Je, je!... ¡Está bueno eso!...

—En fin, querido Gorbea, acabemos. Es tarde, y tengo mucho que hacer. Aún he de arrastrarle hasta el río.

Le asesté un martillazo. Entonces se puso en pie, con los ojos súbitamente abiertos por el terror, y quiso escaparse.

—¡No, no, Ezequiel; estése quieto!—grité, malhumorado—. No vamos a jugar ahora a la gallina ciega.

Le pegué otro porrazo en el parietal, y cayó de bruces sobre la mesa, con los brazos extendidos. Pero aún vivía. Me acerqué, dí con el martillo varios golpecitos, como cuando se tantea la cabeza de un clavo, y después abaté el arma violentamente...

¡Ya estaba!

¡Pch! Ni la operación es difícil, ni tiene demasiado mérito.

Continué mi labor, ajustándome con escrupulosa exactitud a cuanto se me había atribuido en el proceso. Para no descuidar ningún detalle, llevaba un guión donde había anotado todos mis deberes. Registré el armario, descubrí ocho mil quinientas pesetas dentro de una cartera roñosa, y las guardé. Después desdoblé y revolví alguna ropa. Luego arrojé por la ventana el cuerpo de Ezequiel y descendí detrás, pero tuve que saltar nuevamente al interior porque se me había olvidado derribar una silla.

Pesaba poco Gorbea; sin embargo, conducirlo hasta la orilla del río fue lo más fatigado de toda mi labor. A veces lo arrastraba y a veces me lo echaba al hombro, y también me sentaba frecuentemente para descansar. Muy trabajoso: os lo digo yo. Si alguna vez os encontráis en trance análogo, debéis llevar un carrito o una caballería o procurar que el escondite no esté más allá de cincuenta metros del «lugar del suceso».

Llegué, por fin. Dejé a mi hombre bien dobladito—mejor diría casi enroscado—entre unos matorrales, y me retiré a descansar.

Sólo un par de horas. Aún no había salido el sol y ya estaba yo allí, con un serrucho, dividiendo en cuartos al bueno de Gorbea, que, entre los deterioros del arrastre, la humedad del río y la muerte, tenía ya el cuerpo que no había por dónde cogarlo.

Arrojé los trozos al agua. Menos uno: el pie izquierdo. El pie izquierdo lo até al fuerte hilo de mi caña de pescador, y me senté sosegadamente en mi lugar favorito, para tentar a las anguilas. No picó ni una.

Debía esperar que se me acercase «Tontolini» u otro idiota cualquiera, a preguntarme con qué cebaba mis anzuelos, pe o a las once de la mañana nadie se había aproximado aun a mí. Media hora más tarde pasó un campesino montado en un burro.

—¡Eh!—le grité—¡Eh, buen hombre! ¡Mire con lo que pesco las anguilas!

Y le mostré el pie izquierdo de Ezequiel Gorbea.

* * *

Fuí yo mismo a ver al juez, para contarle cuanto había hecho desde las dos de la madrugada. Creyó que me había vuelto loco. Al convencerse de la exactitud de

mis noticias, se quitó y se puso el birrete muchas veces, abandonó su sillón y consumió sus escasas fuerzas en un frenético paseo por la estancia.

—¡Es horrible... es horrible...!—balbucea—. ¡Qué idea monstruosa...! Nunca he oído un caso igual... ¡Pobre Gorbea!

Se detuvo ante mí.

—¡Desdichado! ¿De qué le han servido sus sufrimientos en el penal?... Voy a mandar que le detengan.

Extendí mi mano que sostenía sin temblar un cigarrillo.

—¿Cómo se entiende?—exclamé—. Un momento, señor juez; reflexione un momento. ¿Por qué va usted a mandar que me detengan? ¿Por matar al indiano? Pero esa misma acción ya me ha llevado a la cárcel hace nueve años, y usted mismo me interrogó, me incomunicó e instruyó el sumario en que quedaba probada mi culpa. ¿Vamos a revivir todo aquello?

—Ahora es verdad el crimen.

—Y antes me condenaron como si yo lo hubiese cometido. Lo he pagado anticipadamente. Esto es todo. ¿Puede asesinarse dos veces a un hombre? ¿He de espiar yo dos veces un solo delito?

—Indudablemente...—murmuró el juez, perplejo.

—Ahora lo maté; antes, no. Antes, me castigaron; ahora estamos en paz. ¿Es eso?

El juez no supo qué decir.

—Usted vea—seguí—si hay en este crimen algo distinto al otro crimen por el que fui condenado, algo que pudiese merecer mayor pena. ¿A qué no descubre ni una agravante más? No; he tenido buen cuidado... Pues si el mal es mismo, el precio será igual... Digo yo que no se encarecerán los crímenes, como las subsistencias...

—Desde luego...

—Entonces, señor juez, ustedes se guardan mi condena; yo me guardo mi homicidio, y no tenemos nada que reprocharnos. ¡Tendría gracia que pagase dos veces la vida de Ezequiel!

—Reconozco...

—Vaya, señor juez, buenos días...

Me detuve en la puerta para preguntar:

—Las ocho mil quinientas pesetas, ¿son más, naturalmente? En el proceso me achacaban el robo de diez mil.

—Supongo...—balbució el juez.

—Era una pequeña duda, nada más—le interrumpí—. Nunca viene mal reforzar los ingresos. Todo está por las nubes.

Desde aquel momento, aumentó la tranquilidad de mi espíritu, y la negra nube que pesaba sobre Gramina se alejó. Respiraron todos, libres de la obsesión de la injusticia irreparable que creían haber cometido. Los que me insultaron volvían a estar orgullosos de haberme insultado, y los que aseguraron ver en mi rostro los estigmas de un criminal, envanecieronse nuevamente de su perspicacia. El sereno que me acusó, fué repuesto, y «El Eco de Gramina» recuperó sus suscriptores y su prestigio. Ya no me huía su director ni esquivaban mi presencia, arrepentidos, mis antiguos camaradas. En cuanto al juez al levantarse de su lecho, al día siguiente de la verdadera muerte de Ezequiel, dijo a su digna esposa:

—Desde que Gorbea llegó vivo al pueblo, hace tres meses, es la primera noche que he dormido feliz y profundamente, de un tirón.

Después se lanzó en una lucha denodada con su camiseta de lana, para embutirse en ella. Durante unos segundos pudo creerse que la camiseta triunfaba y que había devorado golosamente al juez; pero pronto aparecieron al extremo de las largas mangas los escuálidos dedos del funcionario, debatiéndose aun en lo alto, y por la abertura pectoral surgió la cabeza, despeinada, con los largos bigotes enmarañados, pero sonriente y venturoso, seguro de sí.

(Se prohíbe la reproducción).

Tipos de la Raza

Las labradoras españolas

En nuestra queridísima España quizás es el único consuelo el ver cómo conservarse en las montañas los tipos de las diversas razas que integran el suelo español, todas ellas fuertes cual las rocas en que viven y allí les disputan la escasa tierra para, a fuerza de improbos trabajos, poder arrancar el sustento. Pero lo más de admirar es el varonil tipo de nuestras labradoras que hacen recordar «la mujer fuerte» del Libro de la Sabiduría, y estudiando las condiciones de la mujer labradora española y comparándola con las mujeres labradoras belgas o danesas, la primera materia, o sea la fuerza, la inteligencia, la firme voluntad, el espíritu de sacrificio está muy por encima de las «fermieres», y sólo puede comparársela a la labradora de las riberas del Danubio, pero allí el Estado austrohúngaro comprendióla y creó una riqueza al colonizar aquellas tierras, siendo la escuela la palanca de que sirvió para hacer aquel milagro, cosa imposible en España si no se cambia el sistema de escuelas rurales.

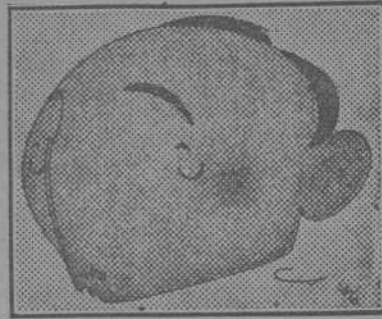
Allí, la moza aprendía a leer, escribir, las cuatro reglas y algo más, pero no sabía literatura, ni dibujo, pero sabía cortar y coser sus vestidos y ropas caseras, sabía amasar el pan y hacer algunos dulces, sabía guisar, sabía cuidar las cluecas, los pollos, conejos, ánades, cerdos, criar sus vacas, aprovechar todos los productos de la leche, o sean requesones, mantecas, quesos; sabía dar salazón a la carne de cerdo y hacer embutidos; en una palabra, la labradora era una doctora en su género de labradora, y esto, en menor escala, lo tenemos en Bélgica, Dinamarca, Suiza, Alemania, pero en España, donde la materia bajo un plan falto de rudimentos de sentido común, y avergüenza el que la enseñanza no se amolde a las necesidades de cada localidad, y es que aquí se legisla sin querer amoldarse a la realidad de las cosas, pretendiendo que lo que forjamos en nuestro escaso juicio, sea el molde en que la realidad se adapte, y de aquí el fracaso, y de aquí el atraso en que morimos, y precisa, para que España viva y sea fuerte, que eduquemos la labradora para labradora, la artesana para artesana, la señorita para señora y cada cual en su sitio, pues es fuerza sucumbir al sentido común de que una gran maestra para nuestra clase rural de la comarca de Olot no sirve para Barcelona, pues la finalidad no es la misma, y es el maestro quien tiene que amoldarse a las necesidades del país, y no el país al maestro y sepase que si los padres viesen que los muchachos aprenden en la escuela algo práctico para mejorar su condición en su oficio, no regatearían el sacrificarse, y más aún, cierto estoy, que si ya mozas, que es cuando se aprende, se les dieran tres meses de lecciones prácticas en granjas agrícolas apropiadas podría abreviarse en mucho la enseñanza agrícola, y sepase que en otros países la labradora es quien mantiene con su esfuerzo la casa, y que el trabajo del marido es dinero para el aborro, y sepase también que antes de la guerra el Norte de Francia, es decir, el labrador, era el capitalista de todas las Empresas industriales.

MACARIO GOLFERRER



La tristeza de un ironista

Siluetas de Fernández Florez



El señor Fernández Flórez es un hombre bajito, recortado y agudo. Su aspecto físico es su estilo. Su silueta es una silueta de mártir. Solamente he hablado una tarde con el humorista gallego y me dió la impresión de que era de raza semítica. Su agudeza y su cuidado espiritual, su atención por las cosas menudas y sencillas, en donde él encuentra sus mayores aciertos, me apuntalaron más en la categórica suposición de que era un israelita aristocrático e inteligente.

—A mí me es muy difícil aprender una lengua... Acaso por esta sencilla razón no me he podido habituar en ninguno de los países en que he vivido. París me parece para una temporada, pero nada más que para una temporada. Yo no podría vivir toda la vida en París. Me place pasar por él; me horrorizaría quedarme en él. Se vive sobre un tópico. Pienso hacer un viaje a París para escribir una novela sobre él. Hasta ahora no he escrito nada, porque es sabido que escritor que va a París, escritor que tiene que describirnoslo. París es un tema de tarjeta postal de viajante del comercio... (El señor Fernández Flórez aprieta el botón de un timbre y aparece una criada.) Traiga la caja de los cigarrillos... A mí me gustaría hacer una novela de París descubriendo la verdad de toda la literatura de París. Es decir: un cabaret de Montmartre. Lo describiría tal como es, en realidad: aburrido, lamentable, grotesco y triste. En un «cabaret» no hay diversión posible... ¿Comprende? (La criada entra con una caja de habanos, y el señor Fernández Flórez no puede contenerse.) Le he dicho la caja de cigarrillos, la caja de cigarrillos! (La criada intenta llevarse la caja de habanos.) No, no, deje... Pero tráigame la caja de cigarrillos... (Con una elegancia meticulosa, el señor Fernández Flórez reparte entre los que están en su despacho, severo, noble, señorial, unos puros.) Creo que sería un bien descubrir la verdadera isonomía de París... Los franceses no sienten curiosidad por las literaturas francesas... Ahora me van a traducir a mí al inglés y al alemán...

El señor Fernández Flórez, muy simpático, muy correcto, va desmenuzando en el diálogo todos los asuntos de que hablamos. Tiene su ironía toda la pulcritud de un minaturista. Sus frases, sus palabras, sus agudezas son agudas como su nariz y su mentón, vivas y pequeñas como sus ojos. ¿Por qué me habré acordado de «La Vicaría», de Fortuny, hablando con el autor de «Volvoretas»?

A veces me indigno—dice—y me pongo a escribir un artículo...

Anochece y desde su balcón de la calle de Alberto Aguilera domina todo Madrid. En el fondo está el campo del Moro y en el horizonte parece que deba haber el mar. Fernández Flórez tiene una sonrisa de demonio inteligente y misántropo. En el ambiente de su hogar da la sensación de un hombre triste y aburrido.

FRANCISCO MADRID

Geografía espiritual

Las tierras picantes

«Tierras frotadas con ajo» las llama Gustavo Coquiote a esas regiones del «sacro Mediodía» de Francia, donde, como en las nuestras, el «all-oli» alcanza jerarquías de Majestad, y el ajo—maravilloso condimento, gusto, aroma, perfume, flor, esencia y especie—aromatiza con su vigoroso hálito, todas las ondas de las telegrafías culinarias!...

Este libro de Coquiote es, propiamente, un libro de viajes. La Provenza, Arlés, la Crau, la Camarga, las Martigas, Marsella, Tolón, Niza la Bella, pasan a través de su itinerario P. L. M. con un fuerte ardor de cocina local. Pasa por el libro de Coquiote el espectáculo de los tamborileros, las Arenas, el Ródano amarillo: la «terra cotta» de las casas, de los tejados de color salmón, de las farandolas, de los museos y de las ruinas; los pinos marítimos, los mariscos rocosos, todos los peces del Mediterráneo, nadando por el denso y empañado acuario de la bullabesa; las montañas del Faron, del Valburdin y de Oliolas, las escuadras de acero en las radas benignas, las Santas-Marías-del-Mar, y, bajo los faroles rojos de las calles cálidas, las Mirallas equívocas—tahitianas de Antibes o «vahinés» de Beaucaire—de piel ardiente y oceánica.

Describe Coquiote una fiesta en Arlés, en honor del presidente Millerand. El presidente no es popular. Se le reprocha algo. Quizás el haber prohibido la celebración de una corrida de toros. Y el «Midi» quiere los toros; para celebrar una alianza de pueblos, para una elección de diputados, para una «buena» fiesta provenzal: los toros son el ajo del regocijo público. El presidente no es popular. La «Marsellesa», discursos, recepciones, los landós republicanos... pero falta vibración en la fiesta: la declamación de Mme. Cecile Sorel, en las Arenas, consterna al auditorio, incluido el presidente, la farandola decaea, los juegos, las cucañas son de segunda mano... Al fin, el presidente corre hacia la estación en medio del general aburrimiento. «No exagero nada—dice Coquiote—, todo eso lo he visto. He aquí cómo «se recibe», en Arlés, a un presidente de la República, que no es de la Provenza».

Pero hay, en esta espiritual geografía de Coquiote, otra maravilla: las «cartas», las finas ilustraciones—setenta y siete dibujos—de Kaul Dufy. El lápiz agudo y sutil de Dufy precisa, con incisiva línea de estilete, los contornos de esas sabias lecciones de cosas. Las pescaderías de Marsella, las reliquias ruinosas de la Provenza romana, las plazas provincianas, los paseos frondosos y apacibles, las calles hospitalarias empedradas con guijarros de la Crau, el puente de Trinquette, las Santas-Marías-del-Mar, los toros de la Camarga, y, al fin, los veleros, la costa, la playa, el mar, el puerto, las vías tumultuosas con hedor de desahogos internacionales, las palmeras mediterráneas, los ajos y la bullabesa, adquieren en los dibujos de Dufy, ágiles y sensuales, evocadores y minuciosos, el ambiente, la palpación, las sugestiones de documentos vivos y trascendentes. Esos trazos vigorosos, firmes, seguros, que son el lenguaje de un espíritu sensible, cultivado y audaz, sitúan y describen el país, pueblo por pueblo, casa por casa, con mucha más precisión que una carta geográfica.

M. ALCANTARA GUSART



LA BARCELONA DEL OTRO SIGLO

Quien vive intensamente la vida moderna, con todas sus vertiginosas ignominias, siente, de vez en cuando, la necesidad de refugiarse en el estudio y en la contemplación tranquila del pasado. Aquella clásica expresión de excepticismo: «cualquier tiempo pasado fue mejor» que el alma de Rojas dejó escrita en su inmortal Elegía, hoy se hace más actual y aguda.

El Ochocientos barcelonés constituye un período de una grandeza trágica. En medio de luchas cruentas y estériles, la ciudad antigua rompía sus murallas y se lanzaba a la conquista del llano y de la montaña. Este deseo plebérico de expansión fué siempre contrariado por los gobernantes, tanto, que cuando se formuló en 1844 el primer plan de Ensanche, el general Narváez se opuso diciendo: —Si se permitiese el Ensanche de Barcelona se necesitarían cuarenta mil hombres para tenerla sujeta, y España no es bastante rica para aumentar de este modo su ejército.

El historiador don José Coroleu pone este comentario a la frase del rival de Espartero: «Narváez era de los que creían que los pueblos se mantienen quietos por medio de la fuerza militar por más que carezcan los Gobiernos de la fuerza moral que sólo el apoyo de la opinión pública puede darles. Ni la experiencia tantas veces repetida en obra de poca años pudo curarle de su empirismo.»

Admira ese anhelo de grandeza—que sólo el tradicional irrequietismo barcelonés pudo retardar cerca de un siglo—manteniéndose firme a través de contingencias históricas, guerras, revoluciones y motines que afearon el penoso ochocentista. Ya a principios del siglo, en 1808, los franceses se apoderaron de Barcelona ocupándola durante seis años. En 1823 las tropas realistas sitiaron la ciudad obligándola a capitular. En 1825 tiene lugar la quema de los conventos, prolongándose los disturbios hasta el siguiente año en que la guerra civil estaba en su apogeo. En 1840 sublevase el pueblo contra el Poder real por haber sancionado la reina doña Isabel una nueva ley municipal que los barceloneses repudiaban. En 1842 es bombardeada la ciudad y da lugar a la revolución conocida con el nombre de la «Jamancia». 1843, nueva sublevación contra el regente Espartero, durando tres años esa revuelta sangrienta.

Durante el período de 1868 a 1875, en que fué destronada doña Isabel II, proclamada una Junta revolucionaria, implantada la dinastía de Saboya, renovada la guerra civil, establecido el régimen republicano y restaurada la dinastía de los Borbones en la persona de don Alfonso XII, Barcelona siguió la triste suerte de las demás capitales de España. Pero a pesar de todo, la ciudad ha tenido en todos los tiempos el orgullo de marchar a la vanguardia en la senda del progreso nacional, aún en medio de las guerras civiles, pronunciamientos y alborotos.

La actividad de sus hijos, su espíritu de iniciativa y de asociación, han realizado verdaderos prodigios.

La transformación que ha sufrido en un siglo la ciudad es portentosa. Transformación en sus calles y en sus gentes; en sus piedras y en su espíritu. Véase. La primera cifra oficial que respectó a la población de Barcelona encontramos, se refiere al año 1359, en cuya fecha contaba 34.339 habitantes. Durante los siglos XV y XVI, la población no aumentó. Después de varias alternativas fué prosperando la ciudad, llegando a contar en 1657, 64.000 habitantes; pero decayó a principios del siglo XVIII con motivo de la lucha que sostuvo Cataluña a favor de la Casa de Austria. Inicióse en el último tercio de aquel siglo, gran crecimiento, llegando a contar en 1798, 130.000 almas. A principios del siglo XIX Barcelona, como toda España, sufre las consecuencias de la guerra de la Independencia, llegando en 1818 a disminuir la población hasta la cifra de 88.227; pero se rehace pronto y ya en 1849 cuenta 175.331 habitantes, y el año 1860 se eleva a 189.948, siguiendo desde entonces en constante aumento: de manera que en 1888, año de la Exposición Universal, jalón glorioso de la futura grandeza de la urbe, ascendía el número de habitantes a 273.000. A fin de siglo llega a medio millón. Hoy, ultrapasa en mucho el millón de almas.

El perímetro de Barcelona ha tenido, como es natural, diferentes modificaciones, acompañando siempre el crecimiento de la población. La línea perimetral del primer recinto durante la dominación romana, goda y árabe y el Gobierno de los Condes de Barcelona, fijada por las murallas que la circunfían, era de 1.122 metros, abarcando una superficie de 104.755 metros cuadrados. Durante el siglo XI, la erección en Corte de la ciudad y su creciente actividad comercial, atrajeron multitud de gentes de todas partes, por lo que se hizo necesario el ensanche del primer recinto; efectuóse en la parte comprendida entre las Murallas, la Rambla y la Puerta Nueva, como también el barrio de la Ribera, después Salón de San Juan y el Parque. Continuó luego el crecimiento hacia la playa, formándose el barrio de Vilanova de las Roquetas; de manera que a fines del siglo XIII quedó ceñido y constituido el segundo recinto fortificado con un perímetro total de 5.096 metros y una superficie de 1.311.170 metros cuadrados. A poco de terminarse éste, sintióse la necesidad de un nuevo ensanche que terminó a mediados del siglo XVII y midiendo en circuito 6.250 metros y una superficie de 2.180.602 metros cuadrados. No obstante, en 1719, con motivo de la lucha que Barcelona sostuvo contra Felipe V, fueron derribados los barrios de la Ribera para construir la Ciudadela, reduciéndose el perímetro urbano a 6.051 metros con 2.025.600 de superficie.

Murada ya Barcelona en dichos límites, fué creciendo de tal modo que a mediados del siglo XVIII era una de las ciudades más pobladas con relación a su superficie, exigiendo el desarrollo creciente del comercio y de la industria un nuevo ensanche. En efecto, comenóse por proyectar el ensanche hasta la línea recta de los extremos de las calles de Tallers y Junqueras. Más tarde, en 1854, consiguióse una ley autorizando el derribo de las murallas y en 1859, aprobado definitivamente el plano, surgieron de improviso multitud de edificaciones en las líneas trazadas que ocupaban todo el término municipal, a la vez que se desarrollaban las urbanizaciones de los suburbios. La superficie del término municipal antes de la agregación de los pueblos del llano, año 1897, era de 1.549'57 hectáreas. Después de la agregación de los suburbios: Sans, Las Corts, San Gervasio, Gracia, San Martín de Provensals y San Andrés de Palomar, años 1897 a 1904, 6.229'21 hectáreas; después de la agregación de Horta, años 1904 a 1908, 7.086'73 hectáreas.

A ese fenomenal crecimiento material de Barcelona durante el Ochocientos, corresponde un notable cambio espiritual en la raza. Barcelona es una ciudad exclusivamente industrial, muy rutinaria y tradicionalista en sus costumbres y en la cual predominaba desde muy antiguo el más modesto y activo de sus elementos sociales: la menestralería. Las corrientes románticas, las luchas políticas, la expatriación de muchos liberales y sobre todo la edificación, en 1845, del Gran Teatro del Liceo, contribuyeron muchísimo a modificar la idiosincrasia barcelonesa. El Liceo fué el crisol donde se amalgamó la elegancia romántica del Ochocientos barcelonés. Durante las emigraciones y exilios que las guerras civiles imponían a nuestros irrequietos abuelos, éstos se refugiaban en Francia y en Inglaterra, y fué en Brummell, en Lord Byron, en Roger de Beauvoir, en Barbey d'Aurevilly, en Théophile Gautier que encontraron los supremos modelos de dandismo que luego eran el asombro de las Ramblas.

En la platea de nuestro primer teatro lírico se lucieron las primeras levitas entalladas, los primeros plastrons, los primeros carricks, los primeros falbalanes, los primeros topacios, los primeros «gants-jauves» que luego la Rambla consagraba. Fué aquella elegancia romántica—en el vestido, en el gesto, en la política—lo que hizo la ciudad moderna, lo que comunicó el noble orgullo al ciudadano barcelonés, como otrora al «cives» de Roma; fué aquella elegancia romántica lo que ilustró la prosapia de aquellos menestrales enriquecidos, laboriosos y turbulentos que llegaron a constituir una «clase», base de todos nuestros prestigios y de toda nuestra grandeza.

HA VUELTO PAPA

CUENTO DE DOMINGO DE FUENMAYOR

Levantó la vista del periódico, para fijarla en el reloj del comedor, impaciente. Después, Antonio Sampelayo preguntó solícito a Carmela, la hermana, que estaba «poniendo la mesa»:

—¿No te parece que tarda demasiado papá?

—Como todos los días. Aún no dió la una y media y ya sabes que el pobre, hasta la una no sale de la oficina, bien lejano. Lo que sucede es que hoy te has adelantado.

—Sí, he venido antes, realmente... Ya sabes que me gusta estar en casa cuando llega papá.

Carmela, con el jarro del agua entre las manos, miró a su hermano fingiendo cierto cómico asombro, para responderle:

—Buenas intenciones... buenas intenciones, si no diera la casualidad de que coinciden con el primero de mes...

—¿Qué quieres decir?

—Lo mismo que tú te has figurado: que has venido antes, espoleado por la ansiedad de que papá te dé tu... consignación.

—Eres imposible... Por fortuna tengo la conciencia bien tranquila. Porque, vamos a ver, ¿qué hago yo que no esté bien hecho?

—Nada.

—¿Lo ves? Tienes que acabar siempre por darle la razón.

Acabó Carmela de llenar los vasos de agua y guardó en un cajón del aparador, bien dobladito, el paño con que había cuidado de no gotear el mantel. Partió el pan, y volvió a encararse con Antonio:

—Supongo, niño, que no tendrás la pretensión de haberme anonadado con tus argumentos. Continúa afirmando, por el contrario, que necesitas emendarte, pues si bien es cierto que no haces nada que esté mal hecho, no haces nada bueno tampoco. Tu pecado es ese, Antonio: no hacer nada. Eres un vago; y ni siquiera un señorito vago, ya que nuestra situación no es muy propicia al señorío... Sí, no protestes: no obstantes tus camisas bien planchadas, y tu flexible, y nuestros trajecitos reformados, y nuestros sombreretes, no somos sino unos pobrecitos menstrales. Es muy amargo, pero es así.

—Sí, bien, bueno, ideo se lo cuentas a don Manuel Linares Rivas, y se «hincha» de cobrar «trimestres»!... Pero mira, niña, no debes olvidar que llegaste a este mundo cinco años después de efectuarse mi feliz arribo y, que por lo tanto, no tienes, ni te reconozco, potestad alguna sobre mi jaca-randosa personalidad. Te desautorizo, pues, del modo más solemne y me voy...

Fingió ella un cómico espanto:

—¿A trabajar, no será?

—Sin duda alguna, mordaz doncella. Voy a la cocina a ver como nuestra señora mamá y nuestra señora hermana llevan su negociado. Tengo el estómago en los «phi-lips».

—Julita no come en casa hoy.

—¿Pues?...

—Vinieron a llevársela los de Concín. Como ni siquiera te has preocupado de preguntar por la familia al volver del... trabajo.

—Pues, ea, sin dejar de apercebir tus ofensivas reticencias, voy a remediar ahora mismo, con mamá al menos, mi desatención.

Salió, más no tuvo tiempo de llegar a la cocina, de la que se expandía por el tránsito el aroma aperitivo de los modestos guisos familiares. Al pasar ante la puerta de la escalera, oyó los inconfundibles pasos de su padre, y abrió, recibiendo con gran explosión de júbilo al cansado viejecito que le dió el ser. Un viejecito, humilde, humilde, «crido» y jadeante por la ascensión al piso demasiado alto.

—¿Cansadito, papá?

—Cansado, hijo; ¡estas pitaras escaleras!

—¡Siéntate, siéntate!

El mismo, solícito, lo dejó acomodado en la butaca del comedor.

—¿Y tu madre? ¿Y las niñas?

No hubo necesidad de respuesta, porque ya doña Julia—la madre—y Carmela llegaban explicando la ausencia de la hija mayor, sonriendo, besuqueando al viejo.

—Bien, bien, pues entonces—dijo éste con un júbilo turbio y recóndito rebrillándole en los ojuelos—vamos nosotros a comer. Por fortuna tengo un apetitazo atroz.

—Habrás trabajado una barbaridad...

—Sí, no falta, no falta el trabajo.

Y se sentaron a la mesa, silenciosos. Sobre la familia flotaba una pregunta que de las mentes no se atrevía a formularse por los labios, aún. Antofito, al fin, «echándolo a broma», preguntó:

—Bueno, papá, ¿pero es que no te han «sacudido» la «pastizara»?

Carmela, roja, indignada, húmedos los ojos, protestó:

—¿Antonio!...

Y la madre, que poseía la facultad de «hacerse cargo» y una gran capacidad para amar al hijo de sus entrañas por encima del Bien y del Mal, «echó un capote»:

—Caramba, Carmela después de todo, es natural que esté impaciente... Es que tu padre, también, se complace en hacerle rabiar. No se sabe cuál de los dos es más chiquillo.

El viejecito, entristecido por completo ahora, miró dulcemente, mansamente, a la familia que había creado. Después, con la mano temblona, sacó del bolsillo un rebufo de billetes y de monedas de plata, que entregó a la esposa. Y aceptó:

—Sí; realmente, soy un chiquillo.

Carmela recogió los platos de la sopa. Y a tiempo que los llevaba a la cocina, por el corredor, la muy tonta, estuvo a punto de echarse a llorar.

* * *

Don Antonio—y perdonesele al narrador que hasta hora tan triste como la de ahora, no haya dicho cuál era el nombre de nuestro héroe—se llevó las manos al cuello, abrió la boca, intentó incorporarse en la cama matrimonial, volteó los ojos a un lado y a otro y conminó:

—¡Abrid el balcón! ¡Me habéis dejado sin aire y sin luz!

Doña Julia miró al balcón, cuyos ventanales estaban abiertos, compuso un gesto de resignación, dió un suspiro y tapó pudicamente las magras carnes del moribundo, que éste había destapado en sus estertores. A poco, recorrió la estancia algo como un débil silbo, coreado por un molesto moscone. El viejecito hizo unas horribles muecas, dilató la nariz, agitó las manos en el vacío y volvióse de cara a la pared. Después, se murió.

La esposa subió el embozó hasta cubrir el rostro del cadáver y salió al comedor donde esperaban los familiares, los amigos, la vecindad, curiosa. Y dijo, mintiendo piadosa y cínicamente:

—Ha quedado «como un pajarito».

Vino el salmo de elogios al que acababa de irse para siempre; y llegaron los lloros; y la visión truculenta de la caja humilde, que apenas si podía tomar los zig-zagues de la escalera angosta...

El pajarito, habiase llevado «las llaves de la despensa». Lo terrible era esto. El pajarito, había sido toda su vida un manirroto, que ni a asegurar la de los suyos acertó. Cómo sería de mal esposo y de mal padre, que hasta su esposa y sus hijos mayores—la pequeña, no, oh, «es una novelera»—lo reco-

nocían a trueque de destrozarse el corazón.

Pero bien se sabe que las manos de Dios, aptas para apretar, no llegan nunca a producir la axfisia. Cuando ya a los deudos de don Antonio I, «el Improvisor», comenzábase a faltar el aire, el Destino providencial dióle uno al primogénito y otro, pues que Carmela «no servía», a la hija mayor.

Justo es reconocer que Antonio trabajaba bastante, mientras que Julia no le iba a la zaga. Mamá, en cambio, tuvo que suspender sus actividades, atarada por unos dolores pertinaces y Carmela echó sobre sus hombros todos los quehaceres de la casa, aumentados ahora por las exigencias de los «trabajadores»; por las de la trabajadora, principalmente, que bien pronto, con las tareas oficinistas, olvidó el feo arte de zurcir medias y la vergonzante tarea de confeccionar unas sopas de ajo.

Cambió, cambió la familia. Del año «de la Nana», dió un salto en sus costumbres hasta incorporarse al siglo XX, y aún dijérase que se pasó de la meta. Julia, principalmente, fué bien pronto espejo, modelo y pauta de cómo debe ser una muchacha que tenga un exacto concepto de lo que significa «vivir su vida», cada uno. Días hubo que la vivió en el restaurante, absorbida por los quehaceres propios de su empleo. Si bien es de justicia declarar que las deserciones de la nueva familia, iban en razón directa con los ingresos que llevaba al nido. Sus ausencias, significaban una boca menos y unos duros más.

Mamá, estaba orgullosa de haber lanzado al mundo aquel modelo de bendición. Pero, un día...

* * *

Un día primero de mes, dejó Julia sobre la mesa un montoncito de billetes y de monedas de plata, que superaba en mucho a aquel humilde montoncito de su soldada que dejaba el padre, alegre, en iguales días. Los duros ahora, sobre el tapete, formaban como columnas de Hércules sobre las cuales se sustentaría el bienestar familiar. Un bienestar que sola a Carmela, a la tontaina de Carmela, a la mujer de las cavernas que era Carmela, no le parecía ley de Dios por subsconcientes previsiones de vergüenzas concretas.

Tanto era el dinero traído aquel mes por la hormigueta, que Antonio entendiése tácticamente autorizado para reservarse el suyo bien escaso. Y doña Julia, deshecha en llanto y risas, se comía a besos a la niña lista, mostrándola en júbilo a la hermana «que aún vivía en la noche de los tiempos».

—¡Hay que ver, qué riqueza! ¡Mira, aprende, mira, Carmela, bien podemos decir que ha vuelto papá!

Carmela al oírlo, se puso pálida, muy pálida. Tomó el montoncito de dinero de encima de la mesa y después, encarándose con todos, iracunda y fea, definitivamente fea, tronó:

—¿Con que ha vuelto papá, eh? ¿Con que esto era papá? Pues tenerlo, no lo quiero, para vosotros... Y lo tiró al suelo, estúpidamente.

Julia, entonces—bien le duele al autor declararlo, pero ocurrió así—pronunció una palabra horrible, recogida de en medio del arroyo. La blasfemia golpeó, como una bofetada y como un aviso, las mejillas de la vieja, despertándola del sueño de inconsciencias en que se había sumido. Y abrazada a la hija tonta, a la hija tonta, que no sabía vivir su vida, se echó a llorar amargamente, por la ignominia que había manchado el hogar, al que el viejecito honrado que fué su esposo, ya no regresaría.

Los españoles en París

POR

Daniel Martínez Ferrando

Siempre que hemos salido de España lo hemos hecho en busca de las cosas que se diferencian de lo nuestro, y éste ha sido, precisamente, el placer que hemos encontrado en los viajes. Por la misma razón no hemos frecuentado el trato de compatriotas, pues cuando más extrañas las gentes, mayor es el interés que despiertan, y resultaría absurdo dejar los buenos amigos de casa para ir a buscar fuera el trato de gentes de origen igual al nuestro, que no pueden descubrirnos nuevos horizontes. En cuanto nos lo ha permitido la cortesía, nos hemos retirado. Pasar las incomodidades de viajes largos para cultivar la amistad de españoles desconocidos, con ganas de desatar la lengua contraída, equivale a perder el tiempo. Pero he aquí que, cuando se llega a París hay que frecuentar el trato de españoles por fuerza.

Tenemos en la capital de Francia compatriotas de todas clases, entre los que se mezclan también, según frase que se repite, un poco de lo peor de cada casa. De vez en vez, cuando se desarregla un baile público o hay una algarabía en la calle, nos ponemos a temblar ante el temor de oír el habla castellana, cosa que nos ha ocurrido en distintas ocasiones. Esta clase de españoles camorristas ven ofensas en las cosas más nimias, con lo cual, además del escándalo, consiguen hacer reír a las gentes. Siempre que hemos presenciado algo de esto, hemos sentido un vivo deseo de que, por lo menos, se apoyaran en alguna razón, pero hemos quedado defraudados.

Lo peor del caso es que, de esta clase, se nutre el círculo de un español patriótico, bastante corriente, que, a menudo, suele llevar en el ojal de la solapa una escarapela con los colores nacionales. Es curioso que aquellos que menos enaltecen a su país sean los que más usen su nombre.

Con éstos se dan la mano los que no leen un diario ni se enteran de nada; indolentes o distraídos, sólo están en el mundo para divertirse en cuanto acaban el trabajo, si es que lo tienen, y lo que más les ofende es que quede su ignorancia manifiesta. También éstos ponen gran empeño en que se sepa de qué país son. Es una pena que les dé por el patriotismo a estas gentes cuando nada se perdería si se les ocurriera hacerse ciudadanos del Japón.

Existe también una clase de español aislado, sumado a la vida francesa y que es francés por ideas y sentimientos, el cual os sorprende cuando os descubre su nacionalidad; ha vivido muchos años en Francia y su país es para él una cosa lejana, un país antípoda donde se celebran corridas de toros.

Contrario a éste, hay el tipo que sigue atentamente todos los acontecimientos españoles, sin preocuparse de lo que ocurre en derredor suyo; compra los diarios de España, discute, se preocupa; pero si algún día regresa a su tierra quizá llegue a darse cuenta de que su espíritu nunca fué más allá de unos kilómetros de la Puerta del Sol o de cualquiera otra plaza de ciudad española; y esto tampoco puede beneficiarnos gran cosa, porque es necesario airearse un poco cuando se sale de casa, de esta casa nuestra tan herméticamente cerrada.

Existen los soñadores, ¿cómo no van a existir los soñadores si son de la tierra de don Quijote? ¿Y cómo van a dejar de serlo cuando precisamente sus sentimientos

se excitan con la nostalgia? En estos soñadores se advierte un acento de amargo pesimismo; hombres que han visto caer muchas veces los castillos de sus ilusiones, no es extraño que hayan perdido la fe y lo vean todo a través de sus grandes desencantos. Son, sin embargo, gente de espíritu fuerte y entusiasta y que, a pesar de todo, labora en la oscuridad y en la luz con una remota esperanza de días mejores. Son los que estudian, los que se preocupan de todo y por todo y están aireados por todas las corrientes de la Europa moderna; y los que no tienen necesidad de decir que son de España para que se sepa de dónde son.

A menudo, efecto de la distancia, lo ven todo más resumido y con mayor claridad y tienen como una síntesis del pensamiento español. Son los que no se ciegan por las glorias locales y los que, por comparación con los valores mundiales, pueden y saben apreciar la altura de esos valores nuestros, lamentando muchas veces la precipitación con que se encumbra a las gentes que luego han de sostenerse sobre ridículos pedestales de barro. Si los tuviéramos que clasificar, diríamos que son la calma, el equilibrio, la seriedad.

¿Que dónde se ven estos españoles? Son pájaros raros que os encontraréis un día en un salón de exposiciones, en una biblioteca, en un museo, en un restorán, en el tren... Gente con la que se entra en gran intimidad al momento y que aprieta luego la mano con efusión; hombres con quienes se ha conversado sin violencias, sin discutir y con quienes se ha establecido desde el primer momento una verdadera unión espiritual.

Cuando los hombres sienten y dicen lo que sienten y no les preocupa la exaltación de su persona, se acercan a la perfección. El espíritu vocinglero y camorrista no comprende a estos hombres. Son polos opuestos.

A estos españoles no se les ve por las tertulias sino raras veces, a pesar de ser amenos «causeurs», que saben hablar y escuchar. Su sentimiento no está cerrado por fronteras de ninguna clase; la injusticia es para ellos el dolor más grande, donde quiera que esté; en su pecho se ha desarrollado un amor purísimo que pocos hombres llegan a alcanzar, y aunque miran hacia los Pirineos con cariño, no dejan de dirigir sus ojos ansiosos al mundo entero. Viven unos en la oscuridad, otros alcanzan renombre—aunque esto no parece tener gran importancia—; pero unos y otros son los más dignos del pueblo que les vio nacer: son el sentimiento cultivado, la aristocracia del espíritu, la selección de la naturaleza que es igual por todos los países. Son, en fin, los hombres, los hombres por excelencia. Es verdad que son los menos, pero son los que más nos honran.

París.

Prudencio Bertrana, el ilustre escritor, cuyas dotes de psicólogo y narrador hacen tan sugestivas sus obras, nos ha ofrecido para el próximo extraordinario de EL DIA GRAFICO, una novela inédita cuya lectura constituirá un regalo para nuestros lectores

EN EL ALTO PIRINEO

UNA

Cacería de rebecos

Habíamos salido del pueblo muy temprano, a punta de día. A nuestros pies, la olbrosa humedad de los prados. La madrugada era fría. Frente a nosotros, a dos o tres horas de camino, la sierra rocosa y acantilada terreno propicio a los rebecos—«isarts» o «cabirols» en lengua catalana—se levantaba con esa imponente majestad de los paisajes abruptos.

Para quien no esté avezado a la caza de esta clase de animales, resulta muy difícil descubrirlos, a lo lejos, entre las rocas, o en el fondo de las montañas, porque su color, entre rojizo y pardusco, hace que se confundan con el color del terreno que acostumbra a frecuentar. Precisa tener gran cuidado con la dirección del viento, pues la fina sensibilidad de su olfato—como de su vista y su oído—si el aire les es favorable, les permite descubrir la presencia del hombre a largas distancias, y entonces resulta imposible darles caza. En cuanto el ojo experto del cazador descubre el rebeco, solo o en manadas, que llegan muy bien a ser de diez o doce, tiene que acercarse a ellos en contra dirección del viento.

Antes de media mañana, a mitad de uno de los despeñaderos, advertimos la presencia de un rebeco. Con la ayuda de unos prismáticos precisamos la posición del animal; a su alrededor descubrimos otros: dos, tres, cuatro, seis...

Iniciamos la estrategia de la cacería. Nos separamos en grupos de dos o tres, para realizar un movimiento envolvente. Pasa media hora, pasan tres cuartos de hora. La manada sigue en el mismo lugar. Por fin, cada grupo ha llegado a la posición escogida. Llega el momento en que uno de los cazadores, previamente instruido, tiene que dirigirse desde el fondo del valle directamente hacia el sitio donde se hallan los rebecos, y hacer un disparo al aire para hacerles huir en dirección contraria, cuyos pasos hemos tomado.

Nuestra posición está en lo alto de la sierra. Saltando de la vertiente opuesta sopla allí un viento tan fuerte, que nos vemos obligados a agacharnos para resistirle... ¡Ha sido prematuro!... El cazador no estaba lo suficientemente cerca de la manada y los rebecos huyen por mitad de la vertiente, sin subir hacia nuestras posiciones. Dos de los nuestros intentan pararles el paso, escurriéndose por entre las rocas, despeñándose, casi. Los momentos son de ansiedad, de emoción indescriptible. Si los rebecos logran huir habremos malogrado, quizás, la jornada. Suenan tres disparos seguidos. Por el humo adivinamos la situación de nuestros compañeros. La manada se detiene un momento, y huye hacia arriba, en dirección contraria, para doblar la sierra y ganar la otra vertiente. Era el movimiento con que contábamos, pero se realiza lejos de nuestro accho. Con todo, disparamos, agotamos la carga de nuestros rifles. En pocos minutos los rebecos se ponen fuera del alcance de nuestras balas y de nuestra vista. Saltan, como ellos, nuestros corazones. En el fondo del vallé yace uno de los animales, y otro, mal herido, va despeñándose, dando vuelcos por la pendiente...

El cazador salió con una sola obsesión en los ojos... ¡Allí! suspiró, señalando en la falda abrupta un punto apenas perceptible: un rebeco. Y echamos a correr como locos hacia el punto, que se fué destacando, fino, como en una estampa japonesa.

EL CAZADOR DESCONOCIDO